



TESELÀ ARQUEOLÒGICA Miguel Oliva Prat

por R. GUARDIOLA ROVIRA

Oliva, sabía, quizás, tanto de excursionismo como de arqueología. Era un verdadero placer oírle contar sus excursiones por las desconocidas Gabarres, o por la desierta montaña de la Garrotxa, etc., etc. Conocía — como pocos — el libro de César August Torras, ¡qué tanto consultaba! Se le notaba enseguida cómo quería nuestras montañas y sentía nuestros paisajes, casi tanto cómo conocía, amaba y sufría por nuestros monumentos y por todo lo que fuera arte o antiguo. Oliva lo quería salvar todo. Difícilmente encontraba algo que no le interesara, y que de una u otra forma, no entendiera que debía conservarse, lo cual — como

no es nada raro —, le produjo choques; diría que enemistades temporales, porque cuando conocían a Miguel Oliva las lanzas se volvían cañas y acababan siendo muy amigos y admiradores de Oliva y entusiasmados con su carácter y con su obra.

Tan interesante sería revitalizar el Oliva recorriendo la provincia, como lo sería el estudio de sus escritos que han de formar un repertorio muy voluminoso, porque Oliva escribía mucho, incluso, a veces, parecía que con exceso, dada la mucha ocupación que tenía y las tantas obligaciones que había aceptado.

Oliva era muy asequible, se le conocía con facilidad, y como no le preocupaba otra cosa que la arqueología, en cuanto había dejado el umbral de su casa, veamos como era este Oliva llano, simpático, eficaz y competetísimo, que a veces tenía tanto de erudito como de investigador.

En 1957 fue a Baget arrastrando un grupo de amigos, cuatro, porque gustaba de las salidas y siempre tenía amigos que le acompañaban. Esta ida a Baget, era como las que hacía a Sant Aniol de Agujes, con su entrañable doctor Bohigas; o a Sant Pere de Roda, con el doctor Pompeyo Pascual; o a Sta. María de Finesres, con el doctor Verdager..., y así iría citando nombres de médicos, porque Oliva tenía entre ellos, grandes amistades, y les admiraba mucho. ¡Cuántas veces había contado que los médicos descubrieron Ullastret! Y, no había reunión médica o congreso, en el que no se pensara dedicar alguna atención a la arqueología.

El viaje a Baget no cumplió todos los objetivos, ya que en ninguno de los tres días se subió al Bestracà, lo cual había ocurrido muchas veces en las salidas con Oliva, porque salían otros objetivos nuevos y apasionados, ya que al Bestracà siempre había tiempo de volver a subir, y él nunca renunciaba a volver. Su insistencia en el tema del Bestracà se vería colmada cuando un grupo de seminaristas, en los veranos, trabajaba en el monumento. Esto nos habla de otro aspecto de Oliva, su amistad con los sacerdotes: Me parece que la cuestión del Bestracà la llevaba el doctor Teixidor (que se entendía muy bien con él). Empezando por el llorado doctor Car-

tañá, al que Oliva recordaba con gran añoranza por su interés por los monumentos y por lo que hizo en las restauraciones y por los consejos que siempre le pedía, Oliva tenía grandes amigos entre el clero: el doctor Marqués, el doctor Calzada, el tan añorado doctor Bolós, y me limito porque no acabaría de contar, ya que los amigos del sacerdocio estaban diseminados por toda la provincia pues se preocupaba de todas las parroquias que tuvieran algún interés arqueológico. Del clero hablaba muy bien y muy mal. La única conducta que le preocupaba era su comportamiento en relación con las piedras. Y cierto, o no cierto, cuando empezaba a contar lo que sucedía en otras diócesis que se vendían las obras de arte, y aceptaban que los visitantes hicieran ofertas, Oliva casi deliraba, sus comentarios sobre Cabildos y capellanes eran atroces, y lo mismo ocurría si algo de esto se oía por nuestra provincia, o en alguna de las tres diócesis de las que participamos.

Y es que la integridad de Oliva se exageraba hasta la comicidad. No sé si nos lo contó en Baget — que puede que sí —, aunque también lo había repetido cuando deambulábamos hace dieciocho años buscando obras para la exposición de «Los pintores y la Costa Brava», con el inolvidable Ramón Reig. Pero Oliva que insistía en la crítica contra los que ofrecían vender obras de arte de las iglesias, relacionaba los ofrecimientos a que había renunciado y contaba como una vez (y concretaba familia y lugar) le pusieron sobre la mesa treinta millones de pesetas para que contrajera matrimonio. El dinero no le importaba. Por esta época a que me refiero, todavía Oliva cobraba



Agosto 1958. Museo Hyacinthe Rigaud, de Perpignan. Oliva y Mr Martin Vives, organizadores de las exposiciones hispano-francesas, con don Juan de Llobet y el autor de estas líneas.

como auxiliar mecanógrafo de la Diputación. No se preocupaba de su cuestión personal, no terminaba la carrera, no escribía el libro de Ullastret, pero estaba absorto por su labor en la provincia y por todo lo que le interesaban de informes sus amigos, a los que complacía, con muchas horas de máquina de escribir y de correspondencia personal, porque Oliva se lo tenía que hacer todo él, no sabía dar trabajo a otros, y no disponía ni de mecanógrafa. Todas las señoritas del Museo ya sabían lo que tenían que hacer, en la mala buhardilla de San Pedro de Galligans, dedicarse a lavar cerámica y a recomponer las piezas, previamente dibujadas. En muy malas condiciones, pero allí no se paraba. De esto no se escapaban ni los conserjes y ordenanzas, y lo bueno, es que con Oliva, lo hacían muy contentos, porque les contagiaba su pasión, igual que había hecho con los obreros que trabajaban en la campaña de excavación de Ullastret. ¡Cómo costó al cabo de algunos años lograr que se trasladara al nuevo Servicio que se hizo en la Casa de Cultura, fachada a la plaza de la Diputación! Y es que no tenía tiempo para nada, ni para pensar en el traslado, ni en si era conveniente.

También se notaba en Baget su obsesión en que no dormía para trabajar más, y sobre lo temprano que se levantaba cada día. Aunque tengo alguna anécdota muy graciosa, lo cierto es que iba cansado o atrasado de sueño, porque dormía como un tronco nada más apuntar la cabeza en la cama, él mismo creía que la operación de descalzarse los calcetines ya la hacía dormido.

Bueno, pero en Baget, antes de comenzar la jornada debíamos ir cada día a misa. Casademont — que por lo visto se había propuesto para esta excursión un gran plan de apostolado (me parece que era ferviente de «Colores») — por la mañana iba a la iglesia, y todo estaba advertido para que la misa no empezara hasta que estuviéramos todos nosotros. A mi y a Oliva poco le costaba, al doctor Bohigas nunca le ha costado ir a la iglesia, pero a Francisco Reixach había que esperarle mucho, y sólo comparecía cuando veía que no se podía vencer el entusiasmo de Casademont, y que la excursión del día no comenzaría. Ignoro si estos madrugones han influido posteriormente en el buen amigo Reixach, el cual estaba muy despierto cuando las tostadas con aceite y el vino tinto bebido con porrón. El vino se acababa pronto, y Oliva decía a la señora: « — Mestressa! Més llum!». En Miquel Oliva de las meriendas y los resopones, si no tenía sueño, era un personaje encantador. Y no por ello dejábamos de hablar de piedras y de personajes del mundo de la cultura y de la arqueología, porque era raro que se hablara de finanzas.

No cabe aclarar que a Baget fuimos a pie. Pero esto es lo cierto. Entonces no había ca-

retera. Y ya no es raro que fuimos con mucha confianza con el coche del doctor Bohigas, que llegó hasta el manso de Les Arsoles. El que lo pasó mal fue Narciso Sans cuando el domingo vino, para rodar la película del románico. Sans llegó con la familia desperdigada, ahora uno y después el otro. El coche buenamente junto a un arroyo, porque ya no pasaba.

Narciso Sans, el premiado cameramen de la T.V. que tenía muchas preocupaciones con su película del románico, — y una de ellas fue tener que terminarla solo — aquel día cubrió una de sus páginas más inolvidables. Pero a Sans no le podía extrañar nada. En primer lugar porque Oliva era un hombre muy sufrido, muy austero y que para él todo era fácil. Y en segundo lugar, porque Oliva utilizaba las alparqatas, la tartana, la bicicleta, el asiento trasero de la moto del amigo, el coche de línea, etc. Lo importante era el fin, el objetivo, y, allí era aquella impresionante Majestad de Baget y su pueblo.

Oliva nos catequizó mucho sobre la Majestad. Tanto que pensando en aquel pueblo sin carretera, con tan buenas gentes, y con el fervor por la Majestad que llegaba al extremo de una lealtad sin límites, escribí: «Un pueblo de cuerpo presente». Pero Oliva que ganaba la confianza de todo el mundo, tenía la total de los de Baget. Y fue el único hombre capaz de sacar la Majestad del pueblo en 1962 y de restaurarla, para la exposición de arte románico de Barcelona. Pero hay que decir que cuando la Majestad salía de Baget, por una corta temporada, aunque fuera de la mano de Oliva, los del pueblo estaban llorando.

Oliva era un romántico. Y, además se le notaba. Por eso nuestra llegada a Baget (el siempre calculaba lo que haría mejor efecto y nos iría ligando más) fue al atardecer, cuando las campanas de aquella torre bellísima tocaban a oración del Angelus. La entrada en la iglesia impresionaba con aquella semi oscuridad que agrandaba la cabeza, las manos y la realeza de aquella gran talla románica de metro noventa, como un Cristo serenado por las tormentas.

Oliva les predicó la carretera a los bagetenses, y que las casas abandonadas aumentarían de precio, que nadie más abandonaría el pueblo, pero Oliva a lo que iba era a preparar la restauración de la iglesia, a fotografiar la Majestad, y a mantener aquellas sanas amistades.

Con Oliva siempre había muchas horas para hablar; pero en el hostel de Baget, — reclusos por la lluvia — en una recia mesa de pesada madera, y con la decoración de un porrón en el centro, la conversación fluida y animada era un verdadero relax. El protagonista, el que nos daba tema era siempre Oliva. Estaba en trance de empezar pronto la próxima campaña de Ullastret. Se acercaba noviembre.

Creo que nadie como él hubiera organizado las campañas de Ullastret. Reunir un grupo de braceros del pueblo en los momentos en que terminaba la siembra para darles trabajo durante los meses menos activos de la agricultura; y así nacía la «colla». Aquella colla a la que él insufló su entusiasmo y su pasión por la arqueología. Que ya por la mañana cuando estaban calentándose — todavía de noche — para empezar la jornada, ya estaban soñando con ilusión con los trabajos del día y las posibilidades de los hallazgos. A su brigada, Oliva le infundió un sentido de responsabilidad y un entusiasmo, con gran mérito, pero que hacía que aquellos peones trabajaran con cierto conocimiento, con plena conciencia, y con la paciencia de asegurarse que observaban bien el cedazo, y no se escurría entre sus miradas ninguna pieza o fragmento.

Los especialistas ya nos dirán cómo se hacían las campañas, con el libro de excavaciones, la estratigrafía cuidadosa, y de los hallazgos. También podrán explicar los montones de cajas de farías numeradas y ordenadas con todos los hallazgos. Hay un verdadero almacén en que sólo Oliva interpretaba.

Durante la campaña de Ullastret Oliva vivía en el *hostal del pueblo*, y allí también irradiaba su proselitismo. Vivía austeramente. Al final, su cuarto ya tenía ducha. Pero cuando llegaba a la habitación él estaba rendido. Su vida era el campo. Y las demás horas, escribía.

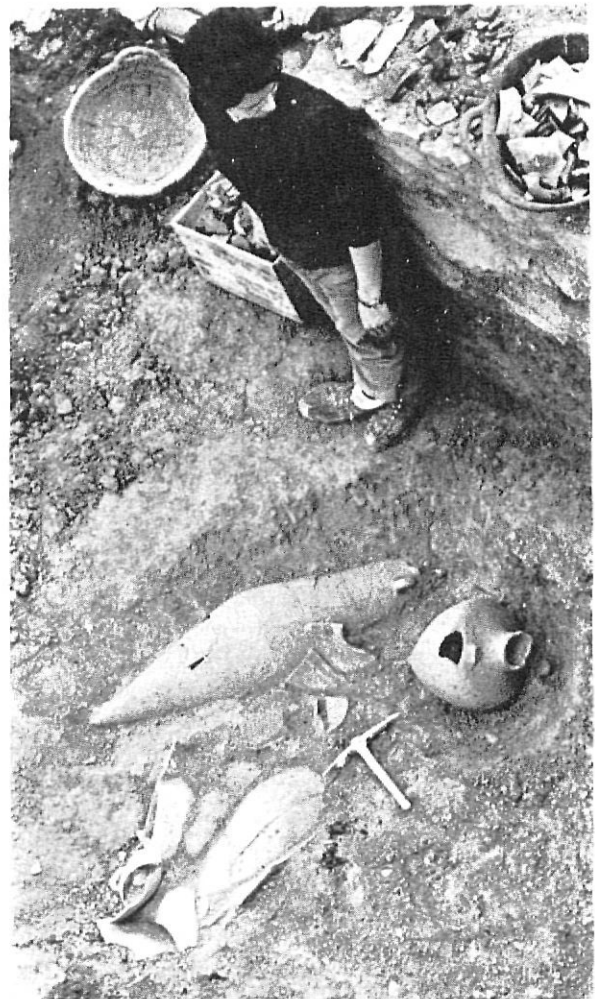
Ullastret ganó mucho prestigio. El presidente Juan de Llobet le prestó interés, y proporcionó muchos medios para llegar a convertirlo en centro de muchas visitas. Ullastret llegaba a ser un compromiso importante ante el mundo de la arqueología. Siempre me acordaré de las reflexiones que me hizo el Dr. D. Luis Pericot (que tanto representa para Ullastret y para la provincia de Gerona), en el *Hostal de los Condes de Urgell de Lérida*. Eran las fechas en que los rusos habían lanzado al espacio el primer satélite. A consecuencia de estas indicaciones del doctor y amigo Pericot, Oliva, con su bondad de siempre, dio pie para abrir Ullastret a todos los arqueólogos y comenzar la reunión anual, con las consecuencias favorables que de la misma se derivaron, incluso, con la instalación decorosa del Servicio en el edificio de la Casa de Cultura de Gerona.

Oliva supo moverse con mucho tacto en el mundo de los arqueólogos, ya que hubo momentos en que había dificultades de trato entre grupos. Oliva tenía las relaciones a su aire campesano, y sabía aprovechar todas las oportunidades para conseguir ayudas para sus trabajos y sus iniciativas, o para las rápidas declaraciones de monumentos que se debían salvar.

En este aspecto de salvar monumentos, retablos, tallas, objetos y mobiliario era muy ex-

peditivo. Entendí a veces que demasiado expeditivo, pero su entusiasmo era superior al mío y de gran calidad, y él no lo hacía para sí, sino para la provincia y para el patrimonio nacional. De entre los muchos ejemplos que podría contar me refiero a uno, como homenaje a mi entrañable y llorado amigo.

Aquel refrán catalán de «com més amics més clars» era puntualmente practicado por Miguel Oliva. Así ante sus amigos arqueólogos reclamaba la presencia en Ampurias del mosaico sobre el Sacrificio de Ifigenia, la devolución del Mosaico de Bell-lloc expuesto en el Museo Arqueológico de Barcelona, y del que Oliva poseía la copia de acta notarial, que acreditaba la copropiedad de la Diputación de Gerona, y la devolución de vasos de excavación que se llevaron de Gerona al Museo de Barcelona, durante nuestra guerra. Sus reivindicaciones no prescribían y periódicamente las reproducía con sus argumentos de fuerza incorruptible.



Pero un día hizo lo siguiente: Como era muy amigo del personal del Museo Arqueológico de Barcelona, aprovechó la circunstancia para llevarse los vasos de cerámica que eran de Gerona. Lo hizo con toda su buena fe y sostenido por su razón y por su voluntad ordenadora de que cada Museo tuviera lo suyo, pero Oliva la armó. Nos lo puso muy negro, y la reacción fue que prohibieron la entrada de Oliva en las excavaciones de Ampurias. ¿Vdes, pueden imaginarse esto? No me extiende en detalles porque todos los que conocieron y quisieron a Oliva ya se los imaginan. Nuestra reacción no podía ser otra. En la reunión del Patronato de Ampurias, la Diputación de Gerona propuso que se designara a Miguel Oliva, técnico representante de nuestra provincia en las excavaciones, como así se acordó, y se levantó la curiosa sanción al gran Oliva.

Los tres días de excursión a Baget nos dieron tiempo para hablar de todo. No me acuerdo si entonces ya proyectamos un viaje a París, que habíamos de procurar que fuera barato, aprovechando algún grupo colectivo. Así había ido Oliva varias veces a Roma, y, después, él comentaba, con exagerada ironía, que podían haberse ahorrado de alquilarle habitación, porque se pasaba la noche recorriendo Roma, y con mirada insaciable recrearse con la vista de sus monumentos. Que él en Roma no tenía que dormir y que las noches eran buenas para pasear.

Pero la excursión a París se realizó. Con emoción recuerdo nuestro grupo de cuatro amigos. Fuí con Juan de Llobet, Ramón Reig y Miquel Oliva. Todos mis compañeros han desaparecido. Me parece que fuimos por el año 1958, y por las fechas de San José. Oliva iba a París sólo por la Arqueología, nunca le preocupaba el mundo, y decía que se iba a confesar, que no tenía necesidad, que los que debían confesarse... (y aquí venía su vindicta contra los que los predicaban y fraudulentamente iban despojando, por dinero, las sacristías, etc. etc.).

Oliva trabajaba y, después, se divertía, con lo que más le gustaba. Así Juan de Llobet, abogado, decía que su «hobby» era la filosofía, de la cual siempre tenía un texto en la mesita de noche. Ramón Reig, gran artista, catedrático de dibujo, arquitecto y premio nacional de acuarela decía que lo que más le gustaba era la música, y pronunciaba una frase que cuando la dijo, tanto impresionó a Toldrá. Ramón Reig decía que daría diez años de vida para saber de música lo mismo que sabía de pintura. Miquel Oliva, era afortunado, incluso su trabajo para ganar el sustento era con lo que le gustaba distraerse: la arqueología.

La dedicación era tan total que no necesitaba nada para distraerse. Había dicho que le pagaban para hacer lo que le gustaba.

Todos tienen conciencia de lo que hemos perdido con el llorado y entrañable arqueólogo Miquel Oliva. Había trabajado tanto en todo lo que afectaba al patrimonio artístico y colaboraba con tanto interés en todas las actividades para las que se le solicitaba que su actividad es amplia y diversa. Sus sólo escritos ya son un monumento de gran valor para la historia y la investigación, de nuestra provincia, y con interés para áreas superiores.

Además me gustaría añadir que era muy diplomático, por cuanto en el azaroso mundo de las relaciones humanas, incluso políticas, y no digamos profesionales (en cuyo campo conocía la división) fue amigo de todos y respetado, igualmente, por todos. A él le interesaba encontrar facilidades para solucionar sus necesidades en el campo que se había propuesto, y tener ayuda en sus luchas para salvar todo lo salvable. Y en estas cuitas acababa, también, su bondad, y se le admiraba por su honradez. Era un hombre que no trabajaba para él, tenía una conciencia clara de su obligación en la defensa del patrimonio común.

Una señora le decía un día que le gustaría visitar su casa para conocer sus colecciones. Y se equivocaba. Oliva no tenía nada. Todo era para el Museo. No tenía interés personal para él. Sus intercambios de publicaciones, los libros, todo lo llevaba al Museo, todo al Servicio de Arqueología, porque allí pensaba estar siempre y estudiar y consultar. Todo para el Museo, que lo había convertido en su vida.

Al ir escribiendo me voy afirmando en la idea de que mis letras saldrán desordenadas sobre este papel, por la imposibilidad de abarcar la figura de Miguel Oliva. Sólo diversos capítulos, ordenados, y escritos por quienes le conozcan en cada aspecto, podrán dar la dimensión humana y científica de la figura del desaparecido intelectual, que vivía inmersa en muchas actividades, a la vez, lo que le movía con una sistemática de desorden.

Miquel Oliva, era una institución de la que todos gerundenses, y en las más variadas esferas, tenían conocimiento. Igual era que se encontrara una piedra, que un trozo de cerámica o una cueva. En arqueología lo controlaba todo, porque todos los gerundenses sabían a donde dirigir la noticia: A Miguel Oliva. Jamás nadie le llamó doctor, ni nadie supo cuando consiguió el doctorado. A Oliva le daban la noticia y gracias a él todo se controlaba. Esto era la gran suerte para una provincia. ¿Nos dábanos cuenta de lo que teníamos?

Y en cuanto le proporcionaban la novedad, Oliva empezaba a actuar y a proteger. A él se dirigían Párrocos, Alcaldes, maestros, médicos, arquitectos, todas las autoridades y todos los gerundenses. Y él, Miquel Oliva, tenía confianza en las leyes y en las autoridades. Siempre

esperaba que le escucharían y atenderían. Desde la Guardia Civil al Gobernador. Desde los Delegados al propio Ministerio, Oliva dirigía escritos y actuaciones en su calidad múltiple del Servicio Provincial, de Consejero de Bellas Artes, de Director del Museo. Y Oliva tenía que luchar porque todo tenía colono, u ocupante o propietario. Y en su actuación para estas defensas sus comentarios eran razonados y sabrosos — con ribetes duros y divertidos — ora dramatizando, ora ridiculizando las situaciones.

La estancia en París parecía fácil por la experiencia de Ramón Reig, que la había visitado en siete ocasiones. Oliva se sonreía, (reía per sota el nas) cosa muy propia de su bondad y su franqueza, porque Reig, como gran artista, andaba con mucho despiste y cierta amnesia. Por eso visitado del Louvre todo lo recomendado por Reig, con Oliva descubrimos todas las plantas inferiores en donde estaba las piezas de excavaciones. Era digno de ver a Miguel Oliva, absorto, ante aquellas vitrinas del arte sirio, entusiasmado por las instalaciones y presentación, ir pasando y repasando las salas, con aquel hombre que seguía las piezas como si conociera su rastro.

De todo lo que se pueda esperar de un viaje a París de cuatro amigos no pasó nada. Una sesión de espectáculo en el «Folies», en donde Oliva seguramente que se durmió, a pesar de que las sesiones nocturnas empiezan temprano, y otra pequeña distracción, aparte de una sesión de ópera Rigoletto y el ballet con las Danzas del Príncipe Igor.

La otra pequeña distracción fue que Ramón Reig tenía familia en París a la que debía visitar. Llobet le acompañaría, y Oliva y yo nos iríamos a repasar el Museo del Louvre. Cuando hubieron partido ya los amigos con Oliva pensamos que podíamos ir un momento al Cine para ver la situación del Cine francés, y contra la dirección del Museo nos fuimos hacia unos carteles que ya habíamos visto. Nuestra sorpresa fue que al ponernos en la cola, tres o cuatro puestos delante de nosotros, estaban Reig y Llobet, que también aspiraban a la película de Brigitte Bardot. Ni la única vez que nos separamos estuvimos apartados, porque ya entramos todos juntos, después de reirnos muy a gusto por la casualidad del encuentro.

Estuvimos comiendo en un comedor estudiantil de dos plantas, en el barrio de Saint Germain des Pres. En la fila uno cogía su plato, después se autoservía y a buscar mesa. Estando nosotros en la cola nos extrañaba que unos cantos de: «¡chapeau! ¡chapeau! cada vez iban aumentando de tono. Era una simpática alusión al sombrero que llevaba nuestro Llobet, hom-

bre de más confort y elegancia que el normal del centro a donde íbamos a comer aquel día.

De este viaje todos convolváramos muy buenos recuerdos, y ahora me queda el dolor de la pérdida de tan buenos amigos, que, sorprendentemente nos han dejado.

El mejor homenaje que puedo dedicarles es recoger estos detalles del viaje a París en los que se pone de manifiesto su seriedad.

La estancia en Baget, después de la emoción de la llegada al atardecer, tuvo sus puntos culminantes en el extravío por «el salt dels gats» yendo de excursión al «coll de mal rem» y la reunión por la carretera, que tanto influyó en que se realizara esta obra.

Oliva estaba en Baget muy a gusto. Es de las veces que ví más satisfecho a un hombre que ya de por sí lo era tanto. Oliva amaba las montañas, tanto como aborrecía los ruidos y los nerviosismos ciudadanos. Con todo y querer toda la provincia, la montaña le era un ambiente precioso. Y mucho esta parte de Baget en donde aparte de su orografía y paisaje estaba la arqueología y todo el escenario de «La Punyalada» de Vayreda. Entre Baget i l'aplec de Sant Aniol d'Aguges, Oliva hacía la propaganda de la novela de este importante escritor olotense. Oliva contaba con fruición que a Baget no había llegado nunca una rueda.

Una tarde lluviosa influyó para que pudieran llegar los automóviles. No pudiendo salir de excursión pasamos la tarde en la rectoría de Mn. Jaume Borrell. La lluvia de Baget es muy densa y la tarde estaba tan cerrada como las posibilidades del camino para llegar a Baget. Después de estudiar un plan de acción entrevistamos al Secretario, quien nos dijo que no lo habían incluido en el plan de necesidades de caminos provinciales de la Diputación (que se acababa de publicar en el Boletín Oficial en 1957), con el fin de que no se enfadaran los señores de Obras Públicas, ya que les habían pedido a ellos la carretera en 1923 (¡...!).

El interés que pusimos en el empeño de la carretera hizo el efecto de una espoleta en hombres de la sensibilidad de Juan de Llobet, Presidente de la Diputación, y de Julio Esteban, Diputado de Obras. Pese a muchos pesares la carretera se terminó.

Oliva ayudaba en todo lo que podía. Se valía de su simpatía y de sus muchas relaciones.

Oliva merece todos los homenajes y agradecimientos y, a pesar de todos ellos todavía la provincia quedará en deuda con Miguel Oliva. Pasarán los años y la figura de Oliva se agrandará, todo lo que en vida su sencillez exquisita la había normalizado. La figura de Oliva se mitificará para ejemplo de quienes tengan algún interés por la arqueología. Y como

esto, afortunadamente va en aumento, la entrega y las anécdotas del arqueólogo Oliva, vivirán en el recuerdo, y, yo creo, que en la investigación, porque se estudiará la figura de este hombre, que reunía condiciones de arquólogo completo, porque le interesaba todo lo de ayer, desde el más remoto al más próximo, con ausencia de interés para el hoy, que escuchaba y auscultaba sólo en cuanto tenía de interés para lo que era su vida, su profesión y su «hobby».

Baget era un mundo aparte. Sus necesidades, sus gentes extraordinarias. El pueblo se reunía en aquel local oscuro y reducido en donde el domingo se celebraba el baile. Con aquella bombilla de luz simbólica, de fabricación local, con un músico sentado encima de una mesa tocando el violín, mientras fuera existía aquella belleza natural, y las cantarinas aguas de la riera que nunca desamparan el ambiente de Baget, tan impresionante cuando es contemplado desde la Trona...

Y lo cierto es que Baget es un tema pequeño, insignificante, en la fecunda e inagotable vida de Miguel Oliva Prat. Pero es que coger su actividad por uno de sus grandes temas da una cierta pereza, por la abundancia de datos y la amplitud que el escrito conseguiría. Realmente tratar a fondo el tema Ullastret, o Rosas, Ampurias, Tossa de Mar, Museo Arqueológico Provincial, San Pedro de Roda, Declaración de Monumentos, Restauraciones, Exposiciones, trabajos de investigación y publicaciones, Fontana d'Or, Paisaje de la Costa Brava, Ripoll y tantos nombres y actividades que comprenden la obra de Miguel Oliva, es una empresa seria.

Al empezar a escribir mi idea era la de desarrollar el tema de Oliva y la Diputación, estudiando las relaciones con la misma, Oliva consiguió para la Diputación la adquisición de la colección de tallas depositadas en San Pedro de Galligans, cuando las tallas románicas empezaron a comprarse a 25.000 pesetas, y como las tallas muchas cosas se consiguieron gracias a Miguel Oliva. Mi artículo debía referirse a sus informes, sus proyectos, sus estudios, sus actividades reflejadas en la correspondencia de Miguel Oliva, que es exhaustiva y pondría de manifiesto su interés, su competencia y el celo sublime en la atención y vigilancia de todo. Pero he empezado a hablar de Oliva y todo me ha salido distinto. Ahora ya no puedo iniciar un tema que doblaría la extensión de este artículo.

Sólo recogeré que Oliva nunca olvidó que le apoyó la Diputación su vocación y las ilusiones de su vida.

Con la aportación de la Diputación Provincial, Oliva podía desarrollar sus actividades y vivir según su vocación, actuando y realizando la labor de las representaciones y cometidos de

cargos que le había conferido el Estado pero que no contaban con dinero para los desplazamientos.

El tiempo le dotó de medios y el fin de su vida fue una consecuencia.

Fue el Presidente de la Cultura, Juan de Llobet, el que se obligó y le obligó. Y Oliva tuvo que terminar su carrera (a tanto llegaba su dedicación total con abandono de sus intereses) para crear el Servicio, y señalarle la Jefatura. Los detalles y anécdotas de estos aspectos llegan al corazón, y el espacio no da para poder recogerlos.

De una manera muy seria y con gran interés se ha de procurar recoger, ordenar, organizar y publicar lo que Oliva tenía pendiente. Es un trabajo impresionante por sus constantes notas, apreciaciones y datos que cuidadosamente iba colocando en sus múltiples carpetas. Son referencias personales y de primera mano. Ni se pueden perder, ni que dentro de muchos años los encuentre un afortunado investigador y los publique por su cuenta. La Provincia los necesita porque son de mucho interés. En estas carpetas están las notas sobre la completa obra de los castillos que preparaba, los datos sobre las iglesias abandonadas de la Garrotxa, los trazados de los antiguos caminos históricos, allí está Ullastret, el poblado ibérico de Pontós, las cuevas, los monumentos todos, porque él lo recogía todo y hablaba con todo el que tenía detalles, porque no hacía otra cosa. Allí estará su correspondencia que nos dará perfiles de su personalidad y de su quehacer.

Pero allí estarán datos para algo que dejó en elaboración. El inventario de los fondos del Museo Arqueológico Provincial, que aparte de la catalogación y referencias de su procedencia, servirán para discernir la pertenencia de los mismos ya que los depósitos y las piezas propiedad del Estado están con los de la Diputación y sólo los datos de Miguel Oliva pueden facilitar esta necesaria labor, en un momento en que sin él, ya será más difícil hacer. La familia y la Diputación deben facilitar y realizar esta misión, gran homenaje a la labor que Oliva realizó en vida, para que resulte lo más fructífera posible.

Darían, también tema para alargar el recuerdo a la figura de Oliva, el pleito de San Pedro de Roda, y su actuación, como tantas otras facetas. La humanidad de su figura viene dada por los esfuerzos de su vida. Oliva fue un autodidacta. Joven queda huérfano de padre. Encuentra ocupación en la Casa de la Fontana d'Or, antes sede de la Caja de Ahorros Provincial, en el Negociado de Contribuciones. No tiene en su mocedad las mismas inclinaciones que los amigos de su generación. A él le llaman las piedras. Influye mucho Riuró en su vocación inicial, como algún importante excursionista.



Oliva iba con amigos mayores que él. Pasaba fugazmente por la Rambla. Trabajando en contribuciones se inicia en su dedicación a la arqueología y de ello tiene conocimiento el gran hombre de nuestra provincia, el doctor Pericot que cuida de Oliva, le dirige, le protege y consigue finalmente que la Diputación le destine a un lugar más acorde con sus posibilidades que como después se ha visto fueron de un rendimiento y éxito totales.

Oliva, doctor, no es universitario en el sentido normal de la palabra. Presentaríamos a un Oliva deformado, incompleto. Oliva fue un apasionado por la arqueología, un servidor del

arte, quien además abandonándolo todo sólo se dedicaba a lo que le gustaba, y esta pasión hacía que escuchara como «flaviol sonant» los consejos de que terminara la carrera y de que escribiera su libro de Ullastret, su tesis doctoral, que todo iba viniendo, con retraso y por el tesón insistente de los amigos.

Los amigos sabían de su entrega y de su generosidad, y, uno de los primeros, es el Riuró de siempre, conociéndole, apreciéndole y trabajando con Oliva.

Por los años de la guerra mundial (¿1943?), España era como una isla en medio del conflicto. Nuestras costas vigiladas y la frontera for-

tificándose. Oliva, con Riuró y alguno más, por la montaña de Puig-Rom en la búsqueda arqueológica, estudiando el rico yacimiento con planos. Una patrulla militar les interroga, y en unos momentos tan difíciles, y en zona tan sospechosa cuando se hablaba de desembarco en la bahía de Rosas, se llevan a Oliva, Riuró y algún otro acompañante conducidos a Vilabertrán en donde había el mando militar. Mientras se hacen las diligencias les encierran en el monasterio de Vilabertrán. Se ponen nerviosos, intranquilos pensando en que no les creen y en la incomunicación con las familias. Oliva, está sereno y tranquilo, y sólo deseando que aquello durara porque tenía una ocasión extraordinaria para estudiar con calma y sin obstáculos el monumento románico de Vilabertrán. Riuró pasó muy mal rato. Oliva sólo agradecía porque le habían conducido a un lugar tan interesante. Y la verdad era que en medio de una situación rara y comprometida por la confusión, en unos momentos extraordinariamente serios por el compromiso de la guerra internacional, Oliva agradecía su detención en Vilabertrán, mientras los demás temían un consejo de guerra.

Su voluntad estaba al servicio de una idea noble. Su quijonista era superior a las dificultades, nada podía influir en su entusiasmo y

aunque quedara sólo continuaba defendiendo su posición, en su calidad de apoderado del Patrimonio Artístico Nacional. San Pedro de Roda y su pleito dieron motivos para su preocupación y entrega, así como para intentar toda clase de gestiones para resolverlo; la ciudadela de Rosas y tantos otros monumentos nos darían tema inagotable. Oliva merece el descanso. Lo tiene bien ganado. Pero tenía fuerza para trabajar muchos años, y ha sido dramático que nos depara tan pronto. Hombre fuerte y sobrio, su desaparición ha sido muy dura. Y la familia, dentro de su inmenso dolor, se sintió muy acompañada y consolada al comprobar cuantos eran los que compartían su dolor por una pérdida, que crea un vacío, y una actividad que exige gran respeto.

Nunca quise saber el punto exacto en que aconteció el accidente. Prefiero ignorarlo, igual que prefiero quedarme con la visión y el recuerdo de Miguel Oliva activo, conversador, y amigo, que pronto encontraba el tema y el motivo para darnos sus explicaciones, como ahora debe, quizás, estar extasiado al conocer personalmente aquella figura, la de Santa Ana, de la cual estaba tan interesado en que no se perdiera la compra de una talla en venta. A los santos los conocerá casi todos, y, ellos a él.

